

Carta Pastoral
Antonio Algora Hernando



Sobre la fe

Bienaventurado aquel que entiende
qué cosa es la fe

Carta Pastoral
Antonio Algora Hernando

Sobre la fe

Bienaventurado aquel que entiende
qué cosa es la fe

Diócesis de Ciudad Real

Octubre 2012

Edita: Obispado de Ciudad Real
c/ Caballeros, 5
13001 CIUDAD REAL

E-Mail: obispado@diocesisciudadreal.es

Tel.: 926 250 250

Fax: 926 251 258

Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Medios
de Comunicación Social

E-Mail: comunicacion@diocesisciudadreal.es

Foto portada: Medallón conmemorativo del Doctorado
instalado en la casa del santo en Almodóvar del Campo.
Jesús Monroy

D.L.: CR-152 / 2012

Índice

1. Introducción	7
2. Crisis actual y crisis de fe	16
3. Lectura creyente de la situación actual	26
4. La fe cristiana	29
4.1. La fe, don de Dios	30
4.2. El acto de fe: personal y comunitario	31
4.3. El contenido de la fe	37
4.4. La fe afecta a toda la vida	39
5. Relación fe-caridad	43
6. Dimensión pública y social de la fe	48
7. Conclusión. Juan de Ávila, testigo de la fe ...	53

1. Introducción

Queridos diocesanos: Permitidme que inicie mi carta dándole la palabra a san Juan de Ávila, nuestro paisano. «¡Oh, bienaventurado aquel que entiende qué cosa es fe! Bien los dijiste Niño cuando fuiste grande: Bienaventurados los que me vieron y creyeron (cf. Jn 20, 29)»¹.

El propósito de esta carta no es otro que expresar mi deseo de confirmaros y fortaleceros en la fe con la que glorificáis a Dios y formáis parte activa de su Iglesia. Es esencial en nuestra vida cristiana conocer la voluntad de Dios, que se manifiesta en su Palabra y a través de diversos acontecimientos. En este curso pastoral que iniciamos llegan a nosotros la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, la celebración del Sínodo sobre la nueva evangelización y el Año de la fe. Estos acontecimientos tienen carácter universal y por eso mismo hemos de seguirlos con interés para descubrir en ellos cuál es la voluntad de Dios sobre la Iglesia actual, sobre cada uno de nosotros y sobre nuestra sociedad.

1. Os invito, en primer lugar, a que demos gracias a Dios por la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia. Nuestra Iglesia está de fiesta porque con esta declaración, Juan de Ávila, nuestro paisano, es considerado para la Iglesia universal como Maestro de doctrina cristiana. Ya había sido reconocida su santidad de vida cuando en el año 1970 fue canonizado; ahora la Iglesia lo declara Doctor porque posee una

doctrina cristiana eminente con la que moldeó su vida, influyó a través de ella en la vida y la sociedad de su tiempo y puede ser para los cristianos de hoy, más allá de cual sea nuestra condición y estado de vida, ejemplo y guía de conocimiento y seguimiento de Cristo. El Papa Benedicto XVI, el día en que anunció la fecha de su declaración junto a Ildegarda de Bingen, dijo refiriéndose a ambos que «la santidad de su vida y la profundidad de su doctrina los hacen perennemente actuales: la gracia del Espíritu Santo, en efecto, los proyectó en una experiencia de penetrante comprensión de la revelación divina y en un inteligente diálogo con el mundo, que constituyen el horizonte permanente de la vida y de la acción de la Iglesia»². Cuando la Iglesia declara Doctor a un santo es porque su vida es un micro-resumen de ella. Si la vida de Juan de Ávila ya era patrimonio de la humanidad, de aquí en adelante lo será también su doctrina. Su vida y enseñanza forman parte del tesoro de la Iglesia que los cristianos podemos conocer y gozar de su belleza. El día 7 de octubre, Juan de Ávila, ha sido declarado por la Iglesia «bien común para toda la humanidad», de cuya vida y doctrina podemos beneficiarnos los creyentes y los hombres que buscan encontrarse con Dios. A través de su vida y magisterio podemos renovar nuestra fe, esperanza y amor. Si en su tiempo era conocido por muchos como el «maestro Ávila» por la lucidez de su palabra y escritos, con la declaración de su doctorado, continúa siéndolo también para todos nosotros. Por eso, nuestra Diócesis rompe en gozo y alegría y renueva su compromiso de dar a conocer su vida y doctrina en todos los rincones de nuestra Iglesia de Ciudad Real.

2. Al mismo tiempo, quiero deciros que la preocupación pastoral del Papa es también la mía. Los obispos, junto a él y bajo su autoridad, hemos sido enviados para perpetuar la obra de Cristo³. Como decía en la presentación de nuestro vigente plan de pastoral: «doy gracias a Dios por la sintonía de esta pequeña porción de la Iglesia que es nuestra diócesis de Ciudad Real con lo que el Papa nos viene diciendo, y que manifiesta, una vez más, la comunión eclesial como el mejor de los testimonios para asegurar la misión de la transmisión de la fe». Todos conocemos que el asunto que ocupa y preocupa de manera destacada al Papa Benedicto es que la Iglesia recupere el ímpetu misionero de la primera comunidad cristiana y transmita la fe de un modo nuevo al hombre actual. Para conseguir esta finalidad, se hace necesario «redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de la comunicar la fe»⁴. En el Plan Diocesano de Pastoral 2006–2010 formulábamos el objetivo general de forma parecida: «que nuestra Iglesia viva con gozo el amor que Dios le tiene para transmitirlo con audacia y testificarlo con seriedad y esperanza a todos los hombres de nuestra tierra». Somos conscientes de que cuando el cristiano se alegra por el don de la fe recibida, lo comunica con entusiasmo. Por eso, os invito a todos a recuperar la alegría de ser cristianos.

3. Llevado de esta preocupación, el Papa ha convocado un Sínodo dedicado a la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana puesto que «evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»⁵. El

concepto de nueva evangelización es amplio y sujeto a distintos acentos. En consonancia con la insistencia que hace Benedicto XVI, «nueva evangelización consiste en una actitud, un estilo audaz. Es la capacidad del cristiano de saber leer y descifrar los nuevos escenarios que en las últimas décadas han surgido dentro de la historia humana para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y anuncio del Evangelio. Se trata de escenarios sociales, culturales, políticos, económicos y religiosos»⁶. Con arreglo a esta definición descriptiva, los cristianos hemos de tener una actitud audaz, que la concede el Espíritu, y nos capacita para conocer, habitar y transformar los espacios donde se decide la dignidad de la persona humana, a través de nuestro testimonio de vida y del anuncio de la persona y mensaje de Jesús.

4. Durante la celebración del Sínodo, el Papa inaugura el Año de la fe. La evangelización presupone la fe en el evangelizador y tiene por finalidad posibilitarla a quien no la tiene y fortalecerla donde está débilmente asentada. No se puede evangelizar sin fe. El Papa invita a toda la comunidad cristiana a la celebración de este Año de la fe como respuesta a que «en vastas zonas de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que ya no encuentra alimento. Estamos ante una profunda crisis de fe, ante una pérdida del sentido religioso, que constituye el mayor desafío para la Iglesia de hoy. Por lo tanto, la renovación de la fe debe ser la prioridad en el compromiso de toda la Iglesia en nuestros días. Deseo que el Año de la fe contribuya, con la colaboración cordial de todos los miembros del pueblo de Dios, a hacer que Dios esté nuevamente presente en este mundo y

a abrir a los hombres el acceso a la fe, a confiar en ese Dios que nos ha amado hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Jesucristo crucificado y resucitado»⁷. En este párrafo el Papa expone con claridad, y de manera concisa, la razón por la que nos invita a todos los miembros de la comunidad cristiana a que redescubramos el regalo de nuestra fe. Fe y transmisión de la fe se implican mutuamente. Emisión, transmisión y recepción son tres aspectos que debemos tener presentes a la hora de plantearnos una nueva evangelización en nuestra diócesis. La celebración de este Año es buena ocasión para preguntarnos: ¿Qué grado de fe tenemos los que estamos llamados a comunicar el evangelio? ¿Cómo renovarla? ¿En qué situación se encuentran los destinatarios de nuestro mensaje? ¿Qué cauces debemos utilizar para que el mensaje llegue a todos?

5. La experiencia nos dice que la renovación y fortalecimiento de la fe cristiana necesita la ayuda de unos medios. Sobre todos ellos destacan la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y los sacramentos, especialmente la Eucaristía. Pero, junto a estos, existen otros, como los dos que nos ofrece el Papa en la celebración del Año de la fe: el Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica. Dos estupendos instrumentos para que crezca, se fortalezca y expanda nuestra fe en Jesucristo. Dos acontecimientos de largo recorrido para la Iglesia universal y, por tanto, también para nuestra diócesis.

a) Celebramos el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II:

- El mensaje de este concilio continúa vigente y, todavía hoy, estamos en tiempo de su recepción. Aún nos quedan aspectos de su doctrina que reflexionar, asimilar y poner en práctica. Su lectura se hace necesaria, sobre todo, de las cuatro Constituciones conciliares que vertebran todas sus enseñanzas: Debemos conocer el misterio que constituye y estructura la Iglesia con el fin de aumentar nuestro amor y sentido de pertenencia (*Lumen gentium*); debemos acoger la Palabra revelada de Dios porque ella nos orienta y alimenta (*Dei verbum*); debemos participar en la liturgia porque es fuente y cumbre de la vida y acción de la Iglesia (*Sacrasantum concilium*); debemos recordar una y otra vez que las alegrías y tristezas de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres, deben ser las alegrías y tristezas de los cristianos (*Gaudium et spes*).

- Los cristianos –sacerdotes, religiosos y seglares– tenemos que preguntarnos cómo hemos acogido la gracia del Concilio Vaticano II porque ha sido y es un gran signo dirigido a los hombres de nuestro tiempo. Hemos recibido el signo, pero, ¿somos capaces de leerlo?, ¿de interpretarlo? No debemos olvidar que el mundo de hoy espera santos que testimonien con su vida la fecundidad del Concilio⁸. Aunque han pasado cincuenta años de su apertura, aún «conserva su valor y esplendor» y es «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX y como una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»⁹. De modo parecido, el papa Benedicto nos habla de la actualidad del concilio al decirnos

que «si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»¹⁰.

- El *Año de la fe* es, por tanto, una ocasión preciosa para leer pausadamente los textos del concilio Vaticano II. Por eso, pido a todos, sacerdotes, religiosos y seglares y, especialmente, a los seminaristas, a que os familiaricéis con los textos principales del concilio, no sólo por interés de estudio y erudición, sino porque el Espíritu Santo continúa hablando a nuestra Iglesia a través de ellos. Escribía Juan de Ávila en sus Memorial al concilio de Trento que «por no tener los teólogos copia de todos los concilios, ignoran muchas cosas necesarias. Convenía que mandasen ponerlos en las universidades e Iglesias catedrales»¹¹.

b) Celebramos el vigésimo aniversario de la publicación de Catecismo de la Iglesia Católica:

- El Papa nos anima a que redescubramos y estudiemos los contenidos fundamentales de la fe sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo¹². Todos los miembros de nuestra Iglesia, sin excepción, debemos acercarnos al Catecismo para dar solidez a nuestras creencias y gozarnos en la belleza de nuestra fe. Atrás quedan aquellas posturas que cuando oían que alguien citaba o refería un número del Catecismo, le catalogaban de persona conservadora. No debemos permitir que el Catecismo sea un mero libro de consulta ocasional o un mero texto abreviado de estudio obligatorio

para los niños de primera comunión. Nuestra comunidad cristiana está necesitada de una formación detenida y detallada de este compendio de la doctrina de la Iglesia católica. Decíamos en nuestro Plan de Pastoral 2006-2010 que estamos necesitados de una formación básica sobre los fundamentos de nuestra fe», que nos lleve a buscar la conversión y nos capacite para la misión¹³. Los contenidos de este tipo de formación los encontramos desarrollados espléndidamente en el Catecismo de la Iglesia Católica.

- Os ruego a todos los animadores de la fe de las comunidades parroquiales y de los movimientos a que conozcáis más y mejor la doctrina contenida en el Catecismo para que la comuniquéis a los demás con el fin de que descubran la riqueza de su mensaje.

6. Os invito a que en el Año de la fe echemos una mirada a la acción evangelizadora de nuestra Iglesia de Ciudad Real.

a) En primer lugar, para que demos gracias a Dios por todos los evangelizadores de nuestra diócesis: laicos, sacerdotes y religiosos que confesáis vuestra fe en Jesucristo y la transmitís mediante la palabra, el culto, la caridad y el testimonio de vida, tanto dentro de la geografía de nuestra Iglesia como en la misión *ad gentes*. A través de vuestras vidas y tareas en la Iglesia y en la sociedad sois servidores de la gracia de Dios. Habéis sido llamados por Dios en los espacios familiares, parroquiales, culturales, laborales y sociales para ser apóstoles del Evangelio de Jesús. Soy testigo

de cómo, a través vuestro, la fe en Jesucristo se transmite de unas generaciones a otras. La Visita Pastoral es un buen «observatorio» donde puedo contemplar vuestra vida de fe, tanto personal como comunitaria.

b) El año de la fe es una buena ocasión para llevar a cabo el objetivo de nuestro Plan Diocesano de Pastoral, destinado a transmitir la fe, prioritariamente, no exclusivamente, a nuestras familias y jóvenes. Deseo, pues, animaros a todos los miembros de nuestra Iglesia diocesana a que acentuemos la comunión con la Iglesia universal aprovechando la gracia que Dios nos quiere comunicar a través de esta iniciativa papal. También en nuestra Iglesia vivimos tiempos de increencia y necesitamos repensar nuestra fe con el fin de que renazca su impulso misionero. No debemos olvidar que la *Convocatoria del Sínodo sobre la nueva evangelización* así como los *lineamenta*, publicados en marzo del 2011, nos sirvieron para realizar el marco de nuestra acción pastoral en estos cuatro años.

c) Durante este curso, las Delegaciones de Pastoral de la Familia y de la Juventud, junto a otras, han realizado algunas acciones programadas en las parroquias, arciprestazgos y en la diócesis. El año de la fe es un buen aliciente para que todas las instituciones y organismos de nuestra Iglesia Diocesana, cada una desde su campo específico, renueven su compromiso de arbitrar medios que posibiliten el encuentro personal con Jesucristo ya que Él es la fuente de la que dimana el impulso misionero de nuestros planes y actividades pastorales. Como se afirmaba en los *lineamenta* del

Sínodo «es tiempo de que la Iglesia llame a las propias comunidades cristianas a la conversión pastoral, en sentido misionero, de sus acciones y de sus estructuras»¹⁴. Espero de nuestra Iglesia esta conversión pastoral que incluye nuestras propias vidas y nuestros planteamientos pastorales. Renuevo mi petición al Espíritu de Jesús para que «los sacerdotes, religiosos y laicos seamos fieles a la propia vocación y demos razón de nuestra fe pues sólo un cristiano gozoso del don de la fe y de la llamada que Dios le ha hecho está capacitado para confesarla»¹⁵. Ante el reto de la nueva evangelización se nos pide el coraje de atrevernos a transitar por nuevos senderos frente a las nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio¹⁶.

2. Crisis actual y crisis de fe

1. Estamos viviendo en España una crisis económico-financiera que está afectando de manera dramática a amplios sectores sociales, especialmente a las familias con todos sus miembros en paro, y a los jóvenes. La tasa de desempleo en España durante el año 2011 fue la más alta de la Unión Europea, alcanzado a más del 23% de la población activa, y a más del 50% de los jóvenes. Uno de cada cuatro españoles está en situación de riesgo de pobreza y exclusión social. Y el número de hogares cuyos miembros están en paro alcanza la cifra de 1.500.000 y de éstos unos 600.000 no reciben ingresos por prestaciones sociales. Se habla de las secuelas de la crisis, pero poco de sus causas. Las causas son diversas y entre ellas se «encuentra siempre una combinación de erro-

res técnicos y de responsabilidades morales»¹⁷. La causa primera es el egoísmo del hombre que cuando tiene poder y dinero ejerce su influencia en las organizaciones socio-económicas que producen desigualdad e injusticia. Hoy los mercados son los que mandan. No se habla de la crisis moral y espiritual que deja desprotegido al hombre frente a la ambición y al egoísmo de los poderosos.

Los discursos y declaraciones de unos y otros hablan de que para salir de la crisis hay que apretarse el cinturón ya que no podemos gastar más de lo que tenemos. Pero comprobamos que el ajuste no ha empezado seriamente por los que están los primeros en el ranking social o económico como políticos, banqueros, directores de empresas multinacionales, consejeros, deportistas de élite, etc. Oímos en los medios de comunicación, que crean opinión, cómo se justifican los altos ingresos por la responsabilidad y rentabilidad social y estamos comprobando cómo la crisis la están padeciendo, sobre todo, las clases bajas y medias.

2. ¿Qué piensa la Iglesia de la crisis actual que aqueja a gran parte de la humanidad? La Iglesia sí que habla de algunas razones de esta crisis, pero son pocos los que la escuchan.

- Una y otra vez nos recuerda que *el fundamento de esta crisis es una crisis ética o moral*. La voz más autorizada de la Iglesia, el Papa Benedicto XVI, ha dicho que «muchas partes del mundo viven hoy un momento de especial dificultad económica, que no pocos concuerdan en situar en una profunda crisis de tipo espiritual y moral, que ha dejado al hombre vacío de valores y desprote-

gido frente a la ambición y el egoísmo de ciertos poderes que no tienen en cuenta el bien auténtico de las personas y las familias. No se puede seguir por más tiempo en la misma dirección cultural y moral que ha causado la dolorosa situación que tantos sufren. El progreso verdadero tiene necesidad de una ética que coloque en el centro a la persona humana y tenga en cuenta sus exigencias más auténticas, de modo especial su dimensión espiritual y religiosa. Por eso, en el corazón y el pensamiento de muchos, se abre paso cada vez más la certeza de que la regeneración de las sociedades y del mundo requiere hombres rectos, de firmes convicciones morales y altos valores de fondo que no sean manipulables por estrechos intereses, y que respondan a la naturaleza inmutable y trascendente del ser humano»¹⁸.

- *La crisis está pidiendo un cambio en la conciencia de cada persona y de la sociedad.* Sin esta referencia a la ética, no comprenderemos el origen de la crisis. Es una crisis nacida del afán desmedido de poseer que encuentra en los mercados el medio para que unos se enriquezcan sobre medida sin importarle las consecuencias que para otros se deriven. Decía Juan Pablo II que «es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros..., y someterlos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral»¹⁹. Esta crisis nos llama a cambiar de mentalidad y corregir la perversión del sistema económico, político y cultural que nos rige.

- *La crisis es resultado de la falta de sentido de la vida.* Ha dicho Benedicto XVI que «la oscuridad amenaza verdaderamente al hombre porque, sí, éste puede ver y examinar las cosas tangibles, materiales, pero no a dónde va el mundo y de dónde procede. A dónde va nuestra propia vida. Qué es el bien y qué es el mal [...] Hoy podemos iluminar nuestras ciudades de manera tan deslumbrante que ya no pueden verse las estrellas. ¿Acaso no es esta una imagen de la problemática de nuestro ser ilustrado? En las cosas materiales, sabemos y podemos tanto, pero lo que va más allá de esto, Dios y el bien, ya no lo conseguimos identificar»²⁰. Sin otro sentido que la búsqueda de uno mismo, nuestra crisis hunde sus raíces en la avaricia que hace a unos pocos más ricos y deja en la miseria a una mayoría. Una avaricia legitimada por un sistema económico y legal que la permite. Así comprendemos que Pablo VI dijera que había que «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad»²¹.

- *Es una crisis que oscurece la mente, e incapacita el corazón.* Sin una renovación ética profunda en nuestras vidas y en nuestros dirigentes sociales no se podrá superar la crisis, aunque se hable de justicia social y de solidaridad. El Papa Benedicto XVI dice de la sociedad actual algo muy grave: «aunque no están en discusión algunos valores como la solidaridad, el compromiso por los demás, la responsabilidad por los pobres y los que sufren, falta con frecuencia, sin embargo, la fuerza que los motive, capaz de inducir a las personas y a los grupos a renuncias y sacrificios». La razón no es otra que «el conocimiento y la voluntad no

siguen siempre la misma pauta. La voluntad que defiende el interés personal oscurece el conocimiento, y el conocimiento debilitado no es capaz de fortalecer la voluntad»²². Estas afirmaciones del Papa constituyen una perfecta fotografía de nuestra situación. Nadie está dispuesto a sacrificarse por nadie. Vemos que la crisis se ha “cebado” sobre muchos, especialmente sobre los que sufren la precariedad económica, cultural y laboral y, sin embargo, no ha variado nuestro discurso sobre la sociedad del bienestar, los derechos adquiridos, la justicia, el derecho al trabajo, etc. Mientras se siguen utilizando estas tranquilizadoras palabras, las diferencias se agrandan entre ricos y pobres, entre los que tienen trabajo y carecen de él, entre unos salarios y otros. La crisis nos llama a compartir nuestros bienes. Los cristianos y los hombres de buena voluntad sabemos que al agravarse la pobreza, nosotros tenemos que hacernos más pobres porque hemos de compartir. Cuando el paro castiga a millones de personas privándoles de unos mínimos vitales, el resto social que vive sin padecer los efectos de esta lacra debe solidarizarse compartiendo parte de su dinero. No se pueden justificar los grandes beneficios económicos que unos colectivos perciben en aras de la responsabilidad que ejercen o de los beneficios económicos que generan.

- *La crisis nos llama a cambiar de rumbo.* En definitiva, «la crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo»²³.

3. Junto a la crisis económica y financiera, como he dicho anteriormente, vivimos también una crisis de fe, una «profunda crisis de fe» según dice Benedicto XVI²⁴. Esta crisis hunde sus raíces:

En primer lugar, en la transmisión de la fe. La familia se está quedando corta para seguir siendo correa de la transmisión de la fe. La escuela católica y la parroquia se muestran incapaces. Los medios de comunicación se manifiestan indiferentes e, incluso, hostiles a los acontecimientos eclesiales. Es como si los cauces tradicionales por los que se comunicaba la fe hubieran sufrido una obstrucción. Os oigo decir a algunos que no sabéis qué iniciativa pastoral tomar porque la respuesta es poca o nula. Que sembráis y tenéis la impresión de que lo sembrado cae en tierra llena de abrojos o endurecida por ser camino (Mt 13,3-23).

En segundo lugar, en la misma fe cristiana. La crisis por la que pasa la fe es «profunda» porque le afecta a su totalidad: a la fe ambiental y personal, al acto de fe y a su contenido, a su recepción y transmisión. Decía Juan Pablo II que «muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en el que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada»²⁵. Hoy son muchos los que han descubierto que se puede vivir bien sin Dios y sin un sentido trascendente.

Esta situación influye en muchos cristianos de tal forma que viven como si no lo fuesen. Es decir, el secularismo no es un fenómeno al margen de la Iglesia sino que está también dentro de ella. Ha dicho Benedicto XVI a los obispos italianos que uno de los signos del secularismo es «la disminución de la práctica religiosa, visible en la participación en la liturgia eucarística y, más aún, en el sacramento de la penitencia. Muchos bautizados han perdido su identidad y pertenencia: no conocen los contenidos esenciales de la fe o piensan que la pueden vivir prescindiendo de la mediación eclesial. Y mientras muchos miran dudosos a las verdades que enseña la Iglesia, otros reducen el reino de Dios a algunos grandes valores, que ciertamente tienen que ver con el Evangelio, pero que no concierne todavía al núcleo central de la fe cristiana [...] Por desgracia, es precisamente Dios quien queda excluido del horizonte de muchas personas, y cuando no encuentra indiferencia, cerrazón o rechazo, el discurso sobre Dios queda en cualquier caso relegado al ámbito subjetivo, reducido a un hecho íntimo y privado, marginado de la conciencia pública. Pasa por este abandono, por esta falta de apertura al Trascendente, el corazón de la crisis que hiere a Europa, que es crisis espiritual y moral: el hombre pretende tener un identidad plena solamente en sí mismo»²⁶. Este texto es una buena radiografía de la situación en que se encuentra la sociedad tradicionalmente cristiana y que podemos detallar desde la vida de nuestras comunidades parroquiales. ¡Cuánto sufrimiento produce esta situación en los sacerdotes!

En esta misma línea, decíamos los obispos españoles que el problema de fondo, al que una

pastoral de futuro tiene que prestar la máxima atención, es la secularización interna de la Iglesia, con el fin de que no sea la cultura ambiente, sino la propia identidad de ser Iglesia de Jesucristo la que nos marque los caminos pastorales²⁷. No sólo es el Papa y los obispos quienes afirmamos la incidencia del secularismo en la vida de la comunidad cristiana, sino que también «muchos cristianos constatan que el secularismo ha entrado también en la Iglesia y que también en ella se va borrando los límites entre verdad y no-verdad bajo el pretexto del pluralismo y de una nueva interpretación de la fe»²⁸. En la actualidad, algunos cristianos no distinguen entre lo que es verdadero o falso, entre lo que es opinable y lo que es incuestionable en relación al núcleo de la fe. A esto hemos de añadir una falsa y extrapolada utilización de la realidad democrática que lleva a muchos a pensar que la verdad es fruto del acuerdo de la mayoría y resultado de las convicciones personales. Parece dicho por un obispo actual, catalogado de tradicional, el que «antes los herejes eran conocidos, pero ahora la Iglesia está plagada de herejes ocultos»²⁹.

En tercer lugar, la crisis de fe se manifiesta en la misma vida del cristiano. No es fácil sustraerse a las "tentaciones" de este modelo social que trata de imponer lo que el Papa llamó «la dictadura del relativismo», del que se deriva que no existe verdad que ilumine la vida de las personas y las oriente en su relación con el poder, el tener y el placer. En el fondo, todo está permitido con tal de que sea legal. Esta «miopía antropológica» deja a la persona sin sentido de vida, sin perspectiva de futuro y al vaivén de las modas del momento, programadas por intereses inconfesables. Este

modelo social es sumamente atractivo y muchos cristianos se dejan seducir por él.

4. Los cristianos vivimos nuestra fe en una situación difícil. Esta situación en que vive el creyente en medio de esta sociedad, la describía el profesor Ratzinger sirviéndose de la primera escena de *El zapato de raso* de Paul Cludel, en la que se representa un barco español a la deriva que ha sido asaltado y desmantelado por los piratas. Sobre él solo hay un superviviente atado al palo mayor, es un jesuita que, con la sotana desgarrada, dice: «Señor, os agradezco que me halláis atado así. A veces he encontrado penosos vuestros mandamientos. Mi voluntad, en presencia de vuestra regla, perpleja, reacia. Pero hoy no hay manera de estar más apretado con vos que lo estoy y por más que examine cada uno de mis miembros, no hay ni uno solo que de vos sea capaz de separarse. Verdad es que estoy atado a la cruz, pero la cruz no está atada a soporte alguno. Flota en el mar»³⁰. A continuación, comenta el profesor Ratzinger que «es imposible describir con más exactitud y con precisión más incisiva la situación del creyente hoy [...]. El creyente sólo puede realizar su fe en el océano de la nada, de la tentación y de lo problemático; el océano de la inseguridad es el único lugar que se le ha asignado para vivir su fe»³¹. san Juan de Ávila escribía: «de esta manera trata el Señor a los suyos: que los deja muchas veces en trances de tanto peligro que no hallan donde hacer pie, ni hallan en sí un cabello de fortaleza que asir»³². A semejanza de Pedro que viendo que se hundía en el mar gritó al Señor "sálvame" (Mt 14, 30), Juan de Ávila dice que «aunque nos parece que andamos por tierra, en mar andamos. Mudan-

zas es aún lo más fuerte de nuestra vida. No calle nuestro corazón, mas, viendo que nos ahogamos, demos voces al Salvador; no callemos ni demos silencio a Dios hasta que nos dé su amor, fortifique nuestra flaqueza y mande al mar que sosiegue y se haga bonanza»³³.

5. Constatamos que el secularismo extiende sus raíces también a la falta de formación de la fe cristiana. La ignorancia religiosa se extiende a amplios sectores del pueblo cristiano. El Papa benedicto XVI ha dicho que «en el encuentro de los cardenales con ocasión del último consistorio, varios Pastores, basándose en su experiencia, han hablado de un analfabetismo religioso que se difunde en medio de nuestra sociedad tan inteligente. Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos»³⁴. Esta afirmación del Papa la constatamos, sobre todo los sacerdotes, en nuestros espacios parroquiales. Sin embargo, la ignorancia religiosa del pueblo cristiano viene de muy atrás. Ya Juan de Ávila escribía que «en las tierras do falta la palabra de Dios apenas hay rastro de cristiandad. Ardid ha sido éste del demonio; hacer que hubiese tanta falta de doctrina en la Iglesia»³⁵. El santo atribuía esta ignorancia religiosa no simplemente a causas ambientales o culturales sino también a la responsabilidad de los pastores. De una parte, decía que «restan predicadores de la Palabra de Dios» y, de otra, que hay «falsos profetas, que son falsos enseñadores»; «algunos de ellos han inventado errores contra la fe, a los cuales compete del todo este nombre de falsos profetas, y otros, aunque no han hecho esto, no han enseñado al pueblo cristiano la doctrina sólida y provechosa que había menester,

sino cada uno según él lo sentía y según sus an-
tojos». Refiriéndose a estos últimos afirmaba que
«unos se daban del todo a enseñar fe, esperanza y
caridad, sin tener en cuenta cosas que sirven para
alcanzar y conservar éstas (“escalones”)...Y otros,
ponen «todas su fuerzas en enseñar las cosas me-
nos importantes, sin tener en cuenta con edificar
el corazón con el argumento de la fe, esperanza y
caridad; la cual doctrina más hace a los hombres
fariseos que buenos cristianos»³⁶.

3. Lectura creyente de la situación actual

Hemos de leer la realidad con ojos de fe. Nada
sucede porque sí, sino que Dios está en medio de
su pueblo, le corrige, alienta y acompaña por el
camino de la promesa. El Dios de la alianza está
comprometido eternamente con su pueblo para
que alcance el Reino de la salvación y de la paz,
de la justicia y del amor. Y la respuesta del pueblo,
antes y ahora, es la fe. De lo cual se deduce:

Primero, que este momento de crisis por el que
pasa la fe no quiere decir que el edificio de la fe
se encuentre en ruinas, sino que «mientras que en
el pasado era posible reconocer un tejido cultural
unitario, ampliamente aceptado en su referencia
al contenido de la fe y a los valores inspirados por
ella, hoy no parece que sea ya así en vastos secto-
res de la sociedad, a causa de una profunda crisis
de fe que afecta a muchas personas»³⁷. Aunque la
cultura actual sea cristiana en su raíz, en la práctica
ha dejado de serlo. Ésta es la novedad de la ac-
tual crisis de fe. Los cristianos tenemos que tener
claro que no todo sigue igual con la modernidad.

El hombre moderno, dejándose llevar de la luz de la razón, ha descubierto que su adultez sólo depende de él. Quiere pensar, juzgar y decidir por él mismo. A través del saber científico-técnico, el hombre se hace cada vez más dueño de la realidad, la organiza y moldea según sus criterios hasta tal punto que ve en la religión un obstáculo para conseguir su propia grandeza. En el mundo que nos ha tocado vivir se hacen cada vez más imperceptibles las huellas de Dios. Sin embargo, como dice Walter Kasper, «una crisis puede conducir a la ruina, pero también puede llegar a ser un verdadero *kairos*; una crisis de fe puede conducir también a la renovación y a la profundización de la comprensión de la fe»³⁸.

Segundo, que los cristianos no debemos seguir dando la impresión de que en lo fundamental todo sigue igual y que ha cambiado sólo el ropaje. No debemos dar por supuesto que la fe en Jesucristo está presente en nuestra sociedad, cuando no es así. El Papa pone el dedo en la llaga cuando afirma que «sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado»³⁹. Creer no se identifica con comprometerse. Tenemos que ser conscientes de que la fe hoy «está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Sin embargo, la Iglesia nunca

ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad»⁴⁰. Como dice Juan Pablo II: «no hay motivo de competitividad alguna entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización»⁴¹. El Papa Benedicto dice que la nueva evangelización está destinada a responder a los interrogantes que provienen de esta nueva mentalidad⁴².

Tercero, que este vivir la fe sin el apoyo de la cultura dominante, sin el aplauso social, sin la protección de los estamentos civiles, no puede desilusionarnos. La situación actual en que nos encontramos los cristianos no puede resultarnos extraña si echamos una ojeada a la historia de la fe, desde sus inicios hasta nuestros días. Ya los Hechos de los Apóstoles nos cuentan como, ante la predicación de Pablo en el Areópago de Atenas, la reacción fue que «al oír “resurrección de los muertos”, unos lo tomaban a broma, otros dijeron: “De esto te oiremos hablar en otra ocasión» Pero el texto no termina aquí. Continúa diciendo que «algunos se le juntaron y creyeron» (Hech 17, 32-34). También el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo, como la samaritana, para escuchar a Jesús»⁴³. Por eso el Papa recomienda la creación del «atrio de los gentiles» como lugar de encuentro con aquellas personas, que sin conocer a Dios o habiéndose alejado de él, lo buscan. Debemos recordarnos que Dios nunca está en crisis y siempre está dispuesto a encontrarse con el que le busca. No podemos utilizar como excusa el tiempo que nos ha tocado vivir: ¡que si el secularismo y la increencia hacen imposible la fe!, ¡que

la modernidad ha asestado un duro golpe a la fe sentando en el trono a la razón!, ¡que el hedonismo y el sentido dionisiaco de la vida obstaculizan la vivencia del misterio de la cruz glorificada de Cristo!... Ciertamente los hechos y los condicionantes históricos influyen en la fe, pero la fe siempre se ha abierto paso entre dificultades de todo tipo. En los últimos treinta años llevamos diciendo que es la hora de una nueva evangelización, pero da la impresión de que la evangelización no progresa y de que todo se queda en un torrente de documentos y discursos. El tiempo actual es la ocasión que Dios nos regala para convertirnos y renovar nuestra fe, es decir, para volver a poner nuestra confianza en él, para conocerlo más y mejor y para anunciar su Reino con decisión y valentía. Hoy necesitamos no tanto conservar la fe cuanto encarnarla en nuestra vida y en nuestra cultura.

4. La fe cristiana

Hoy se hace imprescindible preguntarnos qué es la fe. A nosotros nos corresponde tener siempre presente que «la fe es un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar»⁴⁴. A lo largo de la historia se han dado diversas definiciones de fe. El concilio Vaticano II da una definición descriptiva de fe: «Cuando Dios revela, el hombre tiene que prestarle la obediencia de la fe (cf. Rom 16,2; comp. Con Rom 1,5; 2 Cor 10,5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece “el homenaje total de su entendimiento y voluntad”, asintiendo libremente a lo que Dios le revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos

ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad"»⁴⁵. En esta descripción el Concilio une la entrega del hombre a Dios junto con el asentimiento a la verdad que le revela. Dos aspectos que siempre han de estar presentes en el creyente: respuesta personal a Dios, que sale a su encuentro; y aceptación del contenido que comunica.

Deseo detenerme en algunos aspectos fundamentales de la fe cristiana, acudiendo a la ayuda inestimable de la vida y doctrina de san Juan de Ávila.

4.1. La fe, don de Dios

La fe es un don precioso de Dios que hemos de agradecer porque es obra de su gracia. San Pablo recordaba que «nadie puede decir Jesús es Señor, sino es bajo la acción del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3). Y es que sólo Dios puede hablarnos de Él y sólo podemos conocerlo si Él se nos manifiesta. El Catecismo de la Iglesia dice que la fe es una gracia, una virtud sobrenatural y nos recuerda la escena de la confesión de Pedro: «cuando Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le declara que esta revelación no le ha venido «de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17)⁴⁶. Lo primero en la fe es que es regalo divino. Como dice Benedicto XVI, la fe «no es, primariamente, acción humana, sino don gratuito de Dios, que arraiga en su fidelidad, en su "sí", que nos hace comprender cómo vivir nuestra existencia amándolo a él y a los

hermanos»⁴⁷. San Juan de Ávila decía que a Dios no le pueden conocer, de manera que se salven, si él no se les descubre⁴⁸.

La fe, por tanto, no es un derecho heredado que podamos reclamar, ni una conquista humana, fruto de nuestro esfuerzo, sino una gracia que por ser tal hemos de agradecerla y pedirla. «Por gracia estamos salvados mediante la fe y ésta no viene de nosotros, sino que es don de Dios» (cf. Ef 2, 8-9). Esta gratuidad divina de la fe, la comentaba el maestro Ávila de la siguiente manera: «este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan a tanto. *Don de Dios es*, como dice san Pablo, y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas; porque nadie se gloríe en sí mismo de lo tener»⁴⁹.

Os animo, pues, a todos a que demos gracias a Dios por el don de la fe recibida, y a que pidamos a Jesús, como lo hicieron los apóstoles: «Señor, auméntanos la fe» (Lc 17,5).

4.2. El acto de fe: personal y comunitario

a) La fe es un acto personal

Dice el Catecismo que «sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas»⁵⁰. La fe es don y, al mismo tiempo, acto de la persona humana. Es la respuesta que

damos al amor primero de Dios. Escribe el Maestro Ávila que «la fe es la primera reverencia con que el ánima adora a su Criador, sintiendo de él aptísimamente, como de Dios se debe sentir. Porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama san Pablo *lo manifiesto de Dios* (Rom 1,19); mas los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que a la razón es escondido»⁵¹.

La fe es un acto libre. Podemos responder al amor de Dios positivamente o podemos rechazarlo. La gracia no elimina nuestra libertad ni nuestra responsabilidad personal, antes al contrario, las capacita. Decía Juan de Ávila que algunos pierden la fe «porque un corazón desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que debe hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le den mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras»⁵². No podemos cruzarnos de brazos ante la salvación que Dios nos ofrece. Somos nosotros los que creemos o no creemos, los que acogemos o rechazamos a Dios.

La fe es un acto razonable. Los obispos italianos dicen que «creer no es un acto irracional sino que creer entraña soportar el peso de las preguntas»⁵³. Lo que hace la gracia es que produce una fuerza intelectual y afectiva en el hombre que le lleva a movilizar su entendimiento y voluntad en un acto de confianza en Dios. El catecismo cita a santo Tomás para decirnos que «creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina

por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia»⁵⁴. De tal forma que como decía Juan de Ávila: «la fe que Dios infunde está arrimada a la Verdad divina, y hacer creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos, y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, o de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar, aunque quiera»⁵⁵. De modo semejante escribía el cardenal Newman que «la convicción no equivale a la fe [...] la fe no es una convicción ordinaria de la razón, sino un firme asentimiento: es una certeza mayor que cualquier otra, de modo que la gracia y sólo la gracia puede causarla en la mente»⁵⁶.

La fe es, sobre todo, un acto personal de confianza en Dios. Dicen los obispos italianos que «creer no consiste sólo en asentir una demostración clara o a un proyecto sin incógnitas: no se cree en algo que puede poseerse y manejarse con personal seguridad y complacencia. Creer es fiarse de alguien, asentir a la llamada del forastero que invita, poner la propia vida en manos de Otro, para que él sea el único y verdadero Señor»⁵⁷. Nuestro santo paisano, Juan de Ávila, afirmaba a este propósito: «¿Quién hay quien no entienda que es cosa muy justa que la criatura sirva a su Criador con todas sus fuerzas y con todas su cosas? Y también todos saben que, aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu (cf. Jn 4,24), por la semejanza que tiene con Dios. Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar

que el hombre debe servicio a Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento; pues que no es razón que el hombre sirva a Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad»⁵⁸. Nuestro santo paisano utiliza una bella imagen para decirnos lo que supone la fe: «Y así como la punta de la aguja del marear es llevada con la fuerza del Norte a estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento con la fe que le infunde, a que vaya a él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción»⁵⁹.

La fe es decirle "sí" a Dios tras el encuentro con Él. Decía el profesor Ratzinger que el enunciado clave de la fe no es "creo en algo" sino "creo en ti"⁶⁰ y por eso acaba de decir como Papa que el cristianismo «no es una religión del miedo, sino de la confianza y del amor»⁶¹.

Esta consideración de la fe como confianza personal, le llevó a decir a Henri de Lubac que «yo puedo afirmar: *Credo in Deum* (creo en Dios), porque al principio dije: *Credo in Te, Deus meus* (Creo en Ti, Dios mío). Para decirlo con otras palabras, el lenguaje *objetivo* del Credo, para ser legítimo, ha de ser manifestación del lenguaje *existencial* del acto del que da testimonio»⁶².

Demos gracias a Dios por el don maravilloso de nuestra fe. Pero al mismo tiempo, asumamos con responsabilidad nuestra fe y preguntémosnos: cómo creo, si cultivo mi fe, qué medios utilizo y si busco continuamente razones para creer.

b) La fe es un acto comunitario

Dice el Catecismo que «la fe es un acto personal, pero no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se da la fe a sí mismo como nadie se da la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro y debe transmitirla a otro. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes»⁶³.

La persona al creer se hace miembro de la Iglesia y recibe la fe en ella; es la Iglesia como la madre que engendra a cada cristiano de tal forma que se es cristiano en la medida en que se cree en la fe que la Iglesia ha recibido de su Señor. Creer con la Iglesia puede resultar difícil hoy porque, como afirmaba nuestro Plan Diocesano de Pastoral 2006-2010, «la eclesialidad de la fe choca con el sentimiento bastante generalizado del hombre moderno que tiene una imagen de la Iglesia como institución que coarta la libertad de las personas»⁶⁴.

El Papa Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta fidei*, n.º 10, afirma: «el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación». El cardenal H. de Lubac: escribía que «precisamente por la mediación de la Iglesia, precisamente dentro de la Iglesia, es donde el cristiano puede afirmar con toda verdad: “Yo creo en Dios” [...] porque «mi fe no es sino la fe misma de la Iglesia, la fe recibida de ella y en la que yo participo a mi medida»⁶⁵.

Citando el *Catecismo de la Iglesia Católica*, dice el Papa: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”»⁶⁶. Nuestra fe nace de la participación en la fe de la Iglesia. Decía san Juan de Ávila que «así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así él solo pueda dar fuerzas para lo creer»⁶⁷ (AF 43,2). Debemos crecer en la convicción de que conocemos a Jesucristo no según el criterio de cada uno, sino por y mediante su Iglesia.

De lo dicho anteriormente, deducimos que debemos unir nuestra fe a los demás miembros del pueblo de Dios porque es la propia Iglesia la que ha de estar continuamente relacionada y unida a su Señor, de quien recibe la fe. Necesitamos celebrar nuestra fe a través de la participación en los sacramentos de la Iglesia. La fe crece y se fortalece en ellos, sobre todo en la Eucaristía pues «es el compendio y la suma de nuestra fe»⁶⁸. No puede sostenerse una vida de fe que no participe habitualmente en la misa dominical ya que ella es «fuente y cima de toda la vida cristiana» (LG 11).

Permitidme que termine este apartado haciéndoo una recomendación con palabras de san Agustín: «Mira el seno de la madre Iglesia; mira cómo ella gime y pasa fatigas para parirte y hacer-te llegar a la luz de la fe»⁶⁹.

4.3. El contenido de la fe

1. La fe, que además de ser don de Dios y acto humano, incluye aceptar lo que Dios nos revela, su mensaje de salvación. Debemos crecer en la comprensión de que existe una unidad entre el acto de creer por el que la persona se entrega confiadamente al Señor y las verdades de fe. Nos recuerda el Papa Benedicto XVI que «existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos»⁷⁰. Ha dicho al clero de Roma que el acto de fe exige el contenido de fe ya que con el analfabetismo religioso no podemos crecer en unidad⁷¹.

2. La forma de evitar el subjetivismo de la fe, es decir, que cada uno crea lo en lo que cree más conveniente porque está más de acuerdo con su modo de pensar, es aceptar la verdad de la fe. Ésta da objetividad a la fe subjetiva. La verdad de la fe cristiana está expuesta de forma sistemática en el Catecismo de la Iglesia Católica (profesión de fe, vida sacramental, comportamiento cristiano y oración). En este Año de la fe os invito a que centremos nuestra atención en la profesión de fe. Es necesario que conozcamos y profesemos la fe que está contenida en el Credo. Éste es el compendio-resumen de la fe cristiana que tiene por finalidad el que todos, letrados o iletrados, podamos conocerlo y retenerlo. Por eso forma parte de la tradición de la Iglesia aprenderlo de memoria. El Papa en *Porta fidei*, n° 9 toma la siguiente cita de un sermón de san Agustín sobre la entrega del Símbolo a los catecúmenos: «recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo

sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón».

3. Debe ser una preocupación primera en nuestros planteamientos pastorales arbitrar acciones que combatan la ignorancia y el analfabetismo religioso en el pueblo cristiano. Son necesarias unas catequesis sistemáticas que iluminen la inteligencia y provoquen el asentimiento de la voluntad. Para conseguir que Cristo sea conocido y crezca la unidad en la verdad, se hace necesario que los que tenemos responsabilidades pastorales renovemos nuestra fe. A los sacerdotes nos corresponde retomar nuestra predicación buscando adecuar a los oyentes la sagrada escritura y la Tradición de la Iglesia y establecer cauces formativos para todos los responsables pastorales, con el fin de que den su libre asentimiento a las verdades reveladas y puedan así dar razones de su fe.

4. Durante al *Año de la fe* daremos importancia a la entrega del Credo a los padres y catequistas y también a los que reciben las catequesis. Con este fin se facilitará a las parroquias unas estampas de san Juan de Ávila con el Credo. Escribía él a doña Sancha Carrillo: «Mucha razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos. Y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el *Credo*, a lo menos dos veces, mañana y noche, no sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe. La cual debemos procurar tener guardada en su pureza y lim-

pieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, por que ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada; y para que nos sea lumbre de conocimiento, que nos ayude a mover la voluntad para que ame a su Dios y guarde sus mandamientos, con lo cual el hombre se salve»⁷².

4.4. La fe afecta a toda la vida

1. Creer no es, pues, un acto meramente intelectual, ni tampoco meramente emocional, sino que es un acto de la persona en su totalidad. Implica al corazón, a la inteligencia, al sentimiento, a la voluntad, a la libertad, al modo de actuar; en definitiva, a la totalidad de la persona. Dice Henri de Lubac que «la fe no es sólo un modo de conocer. Es algo totalmente distinto a una simple convicción. Es un acto esencialmente personal, que compromete, si es bien comprendido, el fondo del ser. La fe lo orienta plenamente. Y, así, se ha podido decir que la fe es "síntesis total"»⁷³. Compromete al hombre entero en todas sus dimensiones: privada y pública, familiar y personal, ética y política, económica y cultural. Implica toda la vida de la persona.

2. Esta impregnación de toda la vida sólo se consigue mediante la conversión. Ésta forma parte de la fe. «Convertíos y creed el Evangelio» (Mc1,15). Con el *Año de la fe*, el Papa nos invita «a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo»⁷⁴. La conversión no es un añadido a la fe sino que forma parte de ella;

nos lleva a cambiar y transformar nuestra vida según el Evangelio y, por tanto, a cambiar nuestra manera de pensar, de ver la realidad y de actuar. Necesitamos ver la realidad con los ojos de Dios, pensar con la mente de Dios y amar con el corazón de Dios. Escribía el profesor Ratzinger en su libro *Introducción al cristianismo* que «el hombre tiene que cambiar para caer en la cuenta de lo ciego que es al fiarse solamente de lo que sus ojos pueden ver. Sin este cambio de la existencia, no es posible la fe»⁷⁵. Sin la adhesión de la vida, a la persona y mensaje de Jesús, la fe se convierte en algo meramente epidérmico y superficial e, incluso, en una carga y un contrasigno. El Maestro Ávila interrogaba de la siguiente manera: «¿Puede ser mayor monstruo que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen?»⁷⁶. No debemos olvidar que la fe sin obras, es un cadáver (Sant 2, 17).

3. Cuando la fe impregna toda la vida del creyente, éste va madurando y realizando su propia humanidad. Recordamos el axioma clásico de que la gracia no sustituye lo humano, sino que lo perfecciona y eleva. La fe no es extraña a la humanidad sino que la lleva a plenitud por eso podemos hablar del humanismo cristiano, del humanismo que nace y brota de la fe. La fe siempre redundante en beneficio de la persona. Los ejemplos que vemos en el evangelio nos ponen al descubierto el poder de la fe: («Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Levántate» (Mt 9, 2-7); «Hija, tu fe te ha curado» (Mc 5, 34); «No temas; basta que tengas fe» (Mc 5, 36). Este beneficio de la fe para el hombre, nos lo recuerda el concilio Vaticano II cuando afirma que «el que sigue a

Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre»⁷⁷. Ya san Juan de Ávila escribía a un señor de gran relevancia social (“señor de estos reinos”) «que cuanto uno mirare a Jesucristo, tanto será mejor hombre»⁷⁸.

4. La fe no se vive en un momento, sino que es un camino que dura toda la vida. Y por eso exige perseverancia. Dice benedicto XVI que el camino de la fe «empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna»⁷⁹. San Pablo utiliza la imagen del corredor de fondo para hablarnos del creyente: «corramos con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús» (Heb 12, 1-2). Quien tiene fe necesita alimentarla diariamente sobre todo a través de la escucha de la Palabra de Dios y de la oración porque el hombre está tentado de abandonar. Afirman los obispos italianos que puede decirse que «el creyente es un ateo que cada día se esfuerza por comenzar a creer»⁸⁰. Y es que el creyente está tentado de incredulidad y continuamente busca el encuentro con Dios. Por eso que «la fe se fortalece creyendo»⁸¹. El peligro de la rutina, superficialidad y abandono de la fe siempre acecha al creyente. Juan de Ávila nos avisa de que el hombre «como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias a los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que desea hacer, busca poco a poco otras doctrinas que no le dan mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras»⁸².

5. El Papa ha convocado el *Año de la fe* para invitarnos «a redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo⁸³. Porque el hombre nace y se hace. La persona humana al nacer es un proyecto que se va haciendo realidad con el paso del tiempo. En este sentido, la madurez no surge por generación espontánea, sino que es fruto del desarrollo personal y se alcanza a lo largo del tiempo siempre que no se escatimen esfuerzos, sacrificios e ilusiones. La madurez personal es resultado del desarrollo equilibrado en los aspectos psicológico, cultural, laboral, ético, social y religioso. Para describir este proceso, utilizamos la imagen de la vida como camino. El camino que tiene un principio, un desarrollo y una meta. Cuando afirmamos que la vida cristiana, la fe, es un camino, estamos diciendo que es un proceso, que tiene un principio, un desarrollo y un final. Bonhoeffer, mártir del nazismo, escribía una carta a un amigo suyo en la que le recordaba una conversación que había tenido con un joven pastor protestante. Escribía: «Nos habíamos preguntado sencillamente qué queríamos hacer con nuestra vida. Él me dijo que quería ser un santo (y creo muy posible que haya llegado a serlo). En aquel entonces, esto me impresionó mucho. No obstante, le contradije y le repliqué, poco más o menos, que yo quería aprender a creer»⁸⁴. La vida cristiana, que tiene como meta la santidad, consiste en aprender cada día a creer. El don de la fe hemos de retomarlo diariamente para vencer las continuas tentaciones de la incredulidad y decir, una y otra vez, sí al seguimiento de Cristo.

5. La relación Fe–Caridad

1. Dios no es sólo Verdad sino también Bondad, Amor. Dios es amor, nos recuerda la primera carta de Juan. La fe y el amor deben estar siempre unidos porque «la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40)»⁸⁵. Estas palabras de Benedicto XVI nos invitan a pensar que creer es amar. Creer es, por tanto, amar, en primer lugar, a Aquel que se entregó por nosotros; y en segundo lugar, a aquellos a quienes Él ama. Decía Juan de Ávila que «más vale delante de Dios tantico corazón que tanto de ofrenda sin corazón. Dale tantico de corazón y hasle ofrecido mucho oro [...] Preguntó un ermitaño a un viejo: –Padre, ¿qué es la causa que ayunando yo, rezando y haciendo más penitencia que tú, eres tú más santo que yo? Respondió: –Porque amo más que tú. Aquel ofrece a Dios oro que le ofrece amor»⁸⁶. El teólogo Hans Urs Von Balthasar, en su libro *Sólo el amor es digno de fe* afirma en la introducción que «los que más saben de Dios son los que más lo aman»⁸⁷.

2. El ejemplo claro de la unidad profunda e intercambiable entre fe y amor lo encontramos

en los santos. Su conocimiento íntimo de Dios lo adquieren por el amor que le tienen. Y es que hay una relación estrechísima entre la fe y el amor, entre la verdad y la caridad. Como nos recuerda san Pablo: «la verdad se realiza en el amor» (cf Ef. 4,15). Ha dicho Benedicto XVI a los sacerdotes de Roma que «la caridad es el fruto de la verdad - el árbol se conoce por sus frutos- y si no hay caridad la verdad no es la apropiada. Donde está la verdad nace la caridad, tal y como lo hemos visto en la historia de la Iglesia, a pesar de algunos hechos negativos, y podemos verlo hoy en los mártires, en tantas religiosas, religiosos y sacerdotes que sirven humildemente a los pobres y enfermos y sacerdotes, que son presencia de la caridad de Cristo. Ellos son el gran signo de que aquí está la verdad»⁸⁸. En esta misma línea Juan de Ávila afirma que «fe y amor se requieren». Escribía un párrafo de una sutileza impresionante: «En los lugares de la Escritura en que se dice que por fe es el hombre justificado, se entiende el amor por nombre de fe, entendiendo en la causa el efecto; pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa como a la causa por nombre de efecto». Jesús las junta cuando dice que «el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a mí y creísteis que yo salí de él (Jn 16,27)»⁸⁹.

3. Esta relación estrecha entre fe y caridad, entre causa y efecto, la desarrolla Juan de Ávila, en su comentario a Gálatas 5, 6: «la fe que actúa por medio del amor». Dice: «Ni circuncisión ni obras, todo vale nada delante de Dios si no hay fe; y tampoco la fe vale delante de sus ojos si no tiene vida. ¿En qué se verá que tiene vida? Si

tiene obra. Disparate sería pensar de un cuerpo que tenía vida, si no le viésemos obras de vida; y disparate sería de quien se aficionase a un cuerpo y toma amistad con él, careciendo de vida y de espíritu, etc.» [...] *Cristum habitare per fidem in cordibus vestris, in caritate radicati et fundati* (Ef 3, 16–17). Por fe con caridad, dice que mora Cristo en nosotros. La fe es la que lo aposenta, la que le da el señorío, la que con él nos liga; y ella misma es las arras, los dones y los collares que da Cristo a la esposa con quien se casa. Este collar y cadena, labrada tiene de estar. ¿Qué quiere decir “labrada”? Que tienen de resplandecer en ella diversidad de obras: amor de Dios y del prójimo. [...] La caridad, donde quiera que está, produce grandes y excelentes frutos. No se contenta con tener el amor ocultado, sino que da muestras de él con obras; procura de emprenderle en los otros y por esto se le compara al fuego»⁹⁰. san Ignacio de Antioquia afirma lo dicho por san Juan de Ávila de otra manera. Dice en la Carta a los Efesios que «la fe y la caridad son el principio y el fin de la vida: el principio es la fe, el fin es la caridad. Las dos trabadas en unidad, son Dios, y todo lo demás, que atañe a la perfección y santidad, se sigue de ellas»⁹¹.

4. La caridad es esencial a la misión de la Iglesia porque el amor a Dios ha de ir siempre acompañado del amor al prójimo. Ninguna persona pobre queda excluida de la caridad de la Iglesia. Se atiende al pobre sin mirarle su origen, forma de ser, filiación política o pertenencia religiosa. Juan de Ávila en sus lecciones sobre la carta a los Gálatas comenta el versículo «tan sólo nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que

yo he procurado cumplir con gran solicitud (Gál 2,10), y dice: «Reparten los apóstoles el cuidado de la predicación; dividen las provincias en donde tienen de predicar el Evangelio; pero no reparten ni dividen el cuidado de los pobres, sino que aunque san Pablo predique en Éfeso, en Corinto, en Macedonia, en Roma o en España, como santo Tomás dice que predicó y otros, no se descuida de los pobres que había en Jerusalén, sino que tiene grande cuidados de ellos»⁹². El amor y cuidado a los débiles, marginados y pobres rompe las barreras geográficas porque es un imperativo para toda la Iglesia.

5. La Iglesia ama al pobre por ser pobre y no por su modo de ser. La caridad no admite excusas. Continúa el comentario de Juan de Ávila al versículo anteriormente mencionado: «los que andan mirando, para haber de dar cuatro maravedíes de limosna, muchas cualidades, y sin ellas no la quieren dar, poca caridad deben tener. Como lo hacen los que no quieren socorrer sino al natural, al que es bueno, al que tiene demasía de necesidades y que está ya muriéndose. Si a solos los naturales se hobiera de dar limosna o hacer el bien, mal hiciera el apóstol en exhortar a los Romanos, a los de Acaya, a los de Macedonia y de Corinto, para que diesen limosna a los pobres que estaban en Jerusalén; y si a solo buenos la hubiésemos de hacer, mal haría Dios que hace bien a buenos y malos; y si solos los necesitados hobiesen de ser socorridos, y tan limitadamente como nosotros queremos socorrer solamente a los pobres, bien podríamos olvidar como nos socorre Dios. Hácelo al revés, que con tan largas misericordias socorre a todos: a malos y buenos,

pobres y no pobres; para significarnos esta facilidad que tenemos de tener en socorrer a nuestros prójimos, en no mirar en unas nonadas que miramos para dejar de hacerle el bien»⁹³.

6. La caridad es, sin ninguna duda, el medio evangelizador más valioso para que otros crean en Jesús ya que certifica la veracidad y autenticidad del mensaje que anunciamos. «Por medio de la caridad, personas lejanas e indiferentes al mensaje del Evangelio se acercan a la verdad y se convierten al amor misericordioso del Padre celeste»⁹⁴. Por tanto, no se trata de montar una estrategia para lograr prosélitos atendiendo a los empobrecidos. Ni por hacernos atractivos para quienes piensan que la Iglesia debe resolver los problemas de pobreza que entre todos hemos creado con la presente crisis económica y social. No, la caridad es en sí misma ese dinamismo que acerca a la verdad y que realiza la conversión «al amor misericordioso del Padre celeste» aun sin ser, en ocasiones, conscientes de ello.

La caridad es en sí misma evangelizadora, comunica la Buena Noticia cuando se concreta el Amor de Dios a los empobrecidos. En la *Breve regla de vida cristiana* compuesta por el reverendo padre maestro Ávila llega a decir que la persona: «trabaje lo más que pudiere por hacer alguna caridad cada día a algún prójimo, acordándose de aquella sentencia del Redemptor que dice: “En esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes unos a otros”»⁹⁵. La evangelización necesita del testimonio de la caridad en todas sus dimensiones.

6. Dimensión pública y social de la fe

1. Ante la ola de individualismo que se infiltra también en la vida de fe de muchos cristianos hemos de recordar que la fe o se hace pública por medio del testigo o no es fe, y corre el riesgo de quedarse en un mero sentimiento vago. Acudimos de nuevo a la autoridad del Papa: «La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales: «la “mística” del Sacramento tiene un carácter social ». En efecto, « la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán»⁹⁶.

Las actitudes vergonzantes que ocultan o disimulan la fe y que se descubren en personas que por oficio deben estar siempre en el mundo de lo público, de la cultura, de la política, de los medios de comunicación, de la empresa, de las finanzas etc. muestran una gran debilidad de su fe, cuando no una simple adhesión visceral.

2. Sigue Benedicto XVI en el documento citado: «A este respecto, hay que explicitar la relación entre Misterio eucarístico y compromiso social. La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. Ef 2,14). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. Mt 5,23–24). Cristo, por el memorial de su sa-

crificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. Como he tenido ocasión de afirmar, la Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. La Iglesia debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar»⁹⁷.

3. Con qué actualidad resuenan hoy las *Advertencias necesarias para los Reyes*⁹⁸ que san Juan de Ávila escribiera hace cinco siglos. En ellas, salvadas las diferencias con la estructura social de entonces, denuncia nuestro Doctor la elección arbitraria de cargos públicos: obispos, cargos jurídicos, escribanos, regidores de municipios; llama la atención sobre la recta distribución de la riqueza, evitar el gasto y lujo excesivo de los ciudadanos, «¡que todos tengan oficio de trabajo!»⁹⁹. Lo que él llama “la liberalidad de los príncipes”¹⁰⁰ y que es en la actualidad una llamada a los que gobier-

nan para que administren bien los impuestos con los que se pagan los servicios públicos, les dice que «deben pensar que, pues su persona, y obras, y casa han de ser ejemplo de todo su reino, deben tenerse por más obligados a guardar la ley de Dios y la buena razón que las otras personas más bajas, cuyo buen ejemplo no es tan provechoso, ni el malo tan dañoso. Sentencia es de Julio César que *in maxima dignitate, minor licentia*» (“a mayor responsabilidad menor excusa”, diríamos hoy). Y este ejemplo nos dio Jesucristo nuestro Señor que, como dice Crisóstomo, para que nosotros nos abstuviésemos de regalos y cosas superfluas, se abstuvo el Señor de muchas necesarias.¹⁰¹

A la vez, «es justo reconocer, nos decía Juan Pablo II, también el empeño de gobernantes, políticos, economistas, sindicalistas, hombres de ciencia y funcionarios internaciones -muchos de ellos inspirados por su fe religiosa- por resolver generosamente con no pocos sacrificios personales, los males del mundo y procurar por todos los medios que un número cada vez mayor de hombres y mujeres disfruten del beneficios de la paz y de una calidad de vida digna de este nombre.»¹⁰².

4. Se podrá decir que san Juan de Ávila vivió en una sociedad en la que los argumentos de fe eran naturales y comunes en todos los ciudadanos. Hoy los argumentos provenientes de la fe católica no son válidos para muchos y, ciertamente, la Iglesia no pretende imponerlos. Sin embargo esto no quiere decir que la fe sea un asunto privado, como se ha querido imponer en la opinión pública. Tiene un párrafo Benedicto XVI muy iluminador: «El fanatismo, el fundamentalismo, las

prácticas contrarias a la dignidad humana, nunca se pueden justificar y mucho menos si se realizan en nombre de la religión. La profesión de una religión no se puede instrumentalizar ni imponer por la fuerza. Es necesario, entonces, que los Estados y las diferentes comunidades humanas no olviden nunca que la libertad religiosa es condición para la búsqueda de la verdad y que la verdad no se impone con la violencia sino por “la fuerza de la misma verdad”. En este sentido, la religión es una fuerza positiva y promotora de la construcción de la sociedad civil y política»¹⁰³.

El testimonio de fe del creyente, tanto personal, como comunitario e institucional eclesial es decisivo para la marcha de la sociedad. Que nos dirían hoy los cientos de muchachos a los que san Juan de Ávila sacó de la calle para darles instrucción y alimento. Que se puede decir hoy de todas las realizaciones eclesiales en el campo de la cultura, la sanidad, la asistencia social y el largo etcétera de la misma formación y vivencia religiosa transmitida con mejor o peor fortuna a través de la Catequesis, la Celebración litúrgica, la vida de los grupos y Asociaciones eclesiales... La fe tiene una dimensión pública innegable.

5. Volviendo a la exhortación postsinodal de 2007 *Sacramentum Caritatis*, Benedicto XVI nos dice: «En la perspectiva de la responsabilidad social de todos los cristianos, los Padres sinodales han recordado que el sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente. Dirijo por tanto una llamada a todos los fieles para que sean realmente operadores de paz y de justicia: “En efecto, quien participa en la

Eucaristía ha de comprometerse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual". Todos estos problemas, que a su vez engendran otros fenómenos degradantes, son los que despiertan viva preocupación. Sabemos que estas situaciones no se pueden afrontar de un manera superficial. Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona»¹⁰⁴.

En este *Año de la fe* en que se nos llama a renovar la vida cristiana además de cuidar la formación doctrinal que fortalezca la razón para ofrecer a todos la verdad que nos hace libres, hagamos visible también la caridad que se convierte en esperanza para nosotros mismos y para aquellos que están reclamando justicia y amor gratuito. «En este campo la Iglesia –decía Juan Pablo II– fiel al mandato de Cristo, su Fundador, está presente desde siempre con sus obras, que tienden a ofrecer al hombre necesitado un apoyo material que no lo humille ni lo reduzca a ser objeto únicamente de asistencia, sino que lo ayude a salir de su situación precaria, promoviendo su dignidad de persona. Gracias a Dios hay que decir que la caridad operante nunca se ha apagado en la Iglesia y, es más, tiene actualmente un multiforme y consolador incremento. A este respecto es digno de mención especial el fenómeno del voluntariado, que la Iglesia favorece y promueve, solicitando la colaboración de todos para sostenerlo y animarlo en sus iniciativas»¹⁰⁵.

7. Conclusión. Juan de Ávila, testigo de la fe

1. El Doctor de la Iglesia que fue llamado ya en vida "Maestro Ávila" y cuya proclamación ha quedado ligada en la historia, por voluntad del Papa Benedicto XVI, a la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, cuando anunció su propósito en la Celebración con los seminaristas, habla muy especialmente a la Iglesia que peregrina en Ciudad Real con su testimonio de fe de sus años de juventud en Almodóvar del Campo, en nuestra tierra.

La casa de la familia fue convertida por él en casa de oración, elocuente testimonio para muchos jóvenes, chicos y chicas que encuentran en Jesucristo el Amor que mueve su existencia. Más que el estudio de las "negras leyes" que dejó en Salamanca a pesar de que le prometían un futuro de éxito social, fue ese otro estudio que lleva todo el tiempo de la vida que es La Palabra de Dios hecha carne que es Jesucristo, el Señor. No abandonó ni guardó su inteligencia y capacidad de trabajo para sí, sino que supo poner toda su vida al servicio de muchos que hoy nos beneficiamos de su sabiduría. Así vio claro su futuro en la llamada que el Señor le hizo a consagrarse a Él. Nuestro Plan Diocesano de Pastoral, *La transmisión de la fe en la familia y en la juventud*, quiere beber de su fuente, para que muchos jóvenes y mayores encuentren el Camino, la Verdad y la Vida para hacer su propio "camino" de la mano del Señor.

2. No sabemos qué sucedió en su vida de estudiante salmantino, lo cierto es que volvió a Almodóvar y su experiencia de conversión al Señor nos lo hace tremendamente cercano, pues quedó

marcado por la experiencia de la misericordia del Señor. En el mosaico que se encuentra en el Museo Diocesano de Ciudad Real se reproduce una constante en la representación pictórica de su persona: Jesucristo en la Cruz que dice a san Juan de Ávila: *Magister, remittuntur tibi peccata tua* en referencia a Lucas 5, 20 que narra la curación del parálítico que hacen descender del techo de la casa: «Tus pecados quedan perdonados».

Parecería que si ya es *magister* quedaban lejos los pecados y, sin embargo, el principio de la sabiduría y del conocimiento, y de la ciencia de Dios es la experiencia de su misericordia, el amor de Dios en definitiva. La persona encuentra su realización más profunda partiendo de un camino de conversión del corazón, como apertura al amor. El Maestro Ávila desde su experiencia invita continuamente a la conversión, donde encuentra su dignidad integral: «sois tales dentro, cuales parecéis de fuera; tenéis los corazones crueles, ásperos, fieros, como las barbas y las espadas que traéis»¹⁰⁶. Dios, que se da a sí mismo, quiere nuestro corazón tal como es; «no quiere Dios sino el corazón, [...] no se contenta Dios con todo si no le dais el corazón»¹⁰⁷.

3. Tres etapas podemos describir en su juventud: Los primeros años de estudiante en Salamanca donde dice algún autor que el mismo san Juan dijo: «¿Y cómo y para qué se me daban a mí las negras leyes?» No sabemos qué experiencia pudo tener en Salamanca a sus 16 ó 18 años que le hizo pedir a sus padres volver a Almodóvar. Se inicia así una segunda etapa que ocupan sus años en la casa paterna antes de ir a estudiar

Teología a la Universidad de Alcalá de Henares. Lo que dicen los autores, y se sabe en Almodóvar, es que el joven Juan va cuajando un camino marcado por la oración, dedicando tiempo a la adoración al Santísimo. Lecturas y catequesis que va haciendo propias a los pies, como digo, de Jesús Sacramentado. Y una vida de extrema austeridad y penitencia siguiendo una espiritualidad propia de la época imitando los caminos de personas ascetas y ermitañas.

Como quiera que fuera esa vida de oración, formación y penitencia, hace que sea conocida por un fraile amigo de la familia que indica convendría facilitarle estudios de Teología en la Universidad de Alcalá. Terminada su etapa de estudiante con la ordenación sacerdotal y su deseo de dejar la rica herencia de sus padres, ya fallecidos, repartida a los pobres, se propone marchar a América con un compañero de estudios que han hecho obispo de Tlaxcala, en Méjico.

Nuestra mejor herencia diocesana, pues, de sus años jóvenes es el ejemplo de quien descubre a Jesucristo en su vida y cómo esta experiencia le hace ser de ese nuevo modo que hace crecer en él la persona de fe que se deja llevar por el Amor a Dios, siempre más grande que un futuro asegurado por una carrera brillante de jurista o de rico del pueblo con abundante hacienda.

San Juan de Ávila es "maestro vocacional" para nuestros jóvenes cristianos. ¿Acaso tienen que esperar a un fracaso en los estudios, a un trabajo difícil de encontrar o un desengaño afectivo para seguir a Jesús? Ni la crisis económico-social por

la que estamos atravesando, ni las crisis personales pueden definir por sí solas la "llamada" de Dios a la conversión, a conocer la debilidad y aun maldad de una vida frívola y de dejar pasar el tiempo. En nuestro santo aparece fuertemente definido un descubrimiento en la vida de la Iglesia de la persona de Jesucristo y su elección por seguirle en la Pasión y en la entrega de la vida. En un sermón dedicado a la Eucaristía, el 46, dice: «¡Dios se lo pague a quien a mí tanto bien hizo! Fui devoto de este Santísimo Sacramento, y creo que se me pegó de uno». Traigo a la memoria la frase, ciertamente paralela, de nuestro Ismael de Tomelloso que dijo aquello de: «¡Cuántos serían santos si en su camino encontraran otros santos!». Nuestros grupos y actividades juveniles, en ese antes y después de la emocionante Jornada Mundial de la Juventud, se han de apoyar en una vida de oración, de amor a Jesucristo presente en la Eucaristía y en un estilo nuevo de vida que necesita muy poco para vivir la alegría y la plenitud de la vida de los años jóvenes.

4. Ya en la cárcel nuestro san Juan dirá con palabras apasionadas que no se explican sin una larga experiencia de juventud en su comprensión del Misterio de Cristo Redentor: «Pues añado más: que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre; y que deste negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta impresa tan gloriosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas de obrar es por amor -porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor, con-

cebido en sus entrañas, les hace trabajar-, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario»¹⁰⁸.

Muy lejos de ser el niño de familia acomodada que tiene su afición en "lo religioso", el muchacho de dieciocho años que sale de Almodóvar a estudiar a la Universidad de Alcalá Teología se ha hecho en la oración y en la penitencia como se entendía entonces: «dormir sobre un haz de sarmientos», que muestra un carácter fuerte y apasionado.

Llama la atención en la figura de san Juan de Ávila su capacidad de enseñar, predicar, comunicar el Evangelio hecho vida, espiritualidad y compromiso con los más necesitados que es calificado rápidamente como "Maestro". Su magisterio no nace de la erudición o de una oratoria de bellas formas, sino de la "llamada" fuertemente sentida a la renovación cristiana de la sociedad de su tiempo, acompañada por la generosidad que fluye de su amistad con Cristo y la sensibilidad para descubrir las consecuencias de una vida sin Dios y ponerle remedio.

5. Al que luego será conocido como "Apóstol de Andalucía" le llega la misión no en la dirección de sus deseos sino en la aceptación de lo que le piden sus obispos. Si deja la Archidiócesis de Toledo a la que pertenece la gran parroquia de Almodóvar del Campo es por quemar las naves de la hacienda familiar e ir ligero de equipaje a Sevilla

de donde parten los misioneros en las mismas naves que llevan a otros a buscar en el Nuevo Mundo haciendas y riquezas, a "hacer las Américas" como se dirá más recientemente. ¡Cuántas veces los cristianos se han de ver envueltos en las ambiciones de otros!

Su rectitud de intención le lleva a la docilidad y así acepta del Arzobispo de Sevilla quedarse en Andalucía donde predicará incansable viviendo pobremente. En su época son frecuentes los predicadores ambulantes pues estamos lejos todavía de la estructura eclesial que hoy tenemos. A este propósito hay que decir que la renovación de la vida cristiana no se realiza en la Iglesia por formas de vida e iniciativas que afirman el protagonismo de los "renovadores", sino por la comunión eclesial con la que se vive y se actúa con los obispos y sacerdotes a la vez que se manifiesta el amor de hermano con todos.

6. Lo que no significa renunciar a lo que se ha recibido del Espíritu Santo. La purificación a la que ha sido sometido, san Juan de Ávila, en su trayectoria pastoral hasta ser considerado por sus coetáneos "el maestro Ávila" es más que notable, pues las acusaciones de los envidiosos y acomodados le lleva a prisión. Un año dura el interrogatorio y defensa hablada y escrita por su parte ante la Inquisición hasta que sale absuelto. Misteriosamente además de refutar las acusaciones de que es objeto tiene fuerza interior para escribir una pequeña obra que expresa su penetración en el Misterio de Dios, es el *Tratado del amor de Dios*. El primer párrafo es todo un anticipo de la maravilla que siente el seducido por el amor de Dios:

«La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, nuestro Señor. Más mueve el corazón a amar que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, da algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar».

Quedémonos, pues, con estas palabras como la mejor conclusión para estos momentos de incertidumbre y desasosiego donde el Señor nos ha puesto para ser evangelizadores. Volvamos una y otra vez a sus escritos, pongamos siempre alguna "perla" de su doctrina en nuestras reuniones hasta que calen en lo más hondo de nuestras personas estas palabras: «pues el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar».

Con san Juan de Ávila, nos encomendamos a la Virgen María, y a ella ofrecemos lo que somos, vivimos y hacemos:

«A vos, Señor, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón por ellos. A vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón, para que vos que, como otra Rebeca (cf. Gén 27,14), y muy mejor que ella, sabéis muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo, guiséis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que, teniéndoos a vos por defensora contra nuestros males y por nuestra en nuestros bienes, los reciba

el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando las nuestras, que los hacen, sino a las vuestras, que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria»¹⁰⁹.

En el Año de la fe, Ciudad Real, 13 de octubre, día de acción de gracias a Dios, nuestro Padre, por el doctorado de san Juan de Ávila.

¹ Juan de Ávila: Sermón 5 [2],16. Obras Completas II pág. 92

² Benedicto XVI: *Angelus* en la fiesta de Pentecostés 2012.

³ Cf. Vaticano II, *Christus Dominus*, 2

⁴ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 7.

⁵ Pablo VI: *Evangelii nuntiandi*, 14.

⁶ Lineamenta del Sínodo de los obispos *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, 6

⁷ Benedicto XII: Discurso a los participantes en la Plenaria de la Congregación de la fe. 27 de enero de 2012.

⁸ Cf. René Latourelle: *Vaticano II: Balance y perspectivas, con ocasión de los veinticinco años de su celebración*; pág.16.

⁹ Juan Pablo II: *Novo millennio ineunte*, 57

¹⁰ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 5

¹¹ Juan de Ávila: OC II Memorial I Trento, Pág. 514

¹² Benedicto XVI: *Porta fidei*, 11.

¹³ Cf. Plan Diocesano de Pastoral 2006–2010, pág. 28

¹⁴ Lineamenta del Sínodo de los obispos *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, 10.

¹⁵ Plan Diocesano de Pastoral 2011–2015, pág. 30.

¹⁶ Cf. Lineamenta del Sínodo de los obispos *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, 22.

¹⁷ Nota del Consejo Pontificio Justicia y Paz. 25 de octubre de 2011.

¹⁸ Benedicto XVI: Aeropuerto de Santiago de Cuba. 26 de marzo de 2012.

- 19 Juan Pablo II: *Sollicitudo rei sociales*, 16.
- 20 Benedicto XVI: Homilía en la Vigilia pascual 2011.
- 21 Pablo VI: *Evangelii nuntiandi*, 19.
- 22 Benedicto XVI: Discurso ala Curia romana. Diciembre 2011
- 23 Benedicto XVI: *Caritas in veritate*, 21.
- 24 Benedicto XVI: *Porta fidei*, 2.
- 25 Juan Pablo II: *Ecclesia in Europa*,7
- 26 Benedicto XVI: Discurso a la Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana. 24 de mayo de 2012.
- 27 Plan de Pastoral de la CEE 2002–2005.
- 28 W. Kasper: *Introducción a la fe*, pág. 15
- 29 Cirilo de Jerusalén: *Catequesis*, 15,9.
- 30 J. Ratzinger: *Introducción al cristianismo*, págs. 42–44.
- 31 *Ibíd.*
- 32 Juan de Ávila: *Audi Filia*, 29,9. OC II, Pg. 601
- 33 Juan de Ávila: *carta 66*, 180. OC IV Pg. 294
- 34 Benedicto XVI: Homilía en la Misa crismal 2012.
- 35 Juan de Ávila: *Memorial I al Concilio de Trento*, 14. OC II Pág. 493
- 36 *Ibíd.*, *Memorial II*, 12 OC II, 533
- 37 Benedicto XVI: *Porta fidei*, 2
- 38 W Kasper: *Introducción a la fe*, pág.16.
- 39 Benedicto XVI: *Porta fidei*, 2.
- 40 Benedicto XVI: *Porta fidei*, 12.
- 41 Juan Pablo II: *Fides et ratio*, 17.
- 42 Cf. Benedicto XVI: Discurso a la Curia Romana. Diciembre 2011.
- 43 Benedicto XVI: *Porta fidei*, 3.
- 44 Benedicto XVI: Homilía en la Fiesta del Bautismo del Señor. 10 de enero de 2010.
- 45 Vaticano II, *Dei verbum*, 5.
- 46 *Catecismo de la Iglesia Católica* n.º 153.
- 47 Benedicto XVI: Audiencia General. 30 de mayo de 2012.
- 48 Juan de Ávila: *Audi filia*, 34,1. OC I, pág. 610
- 49 Juan de Ávila: *Audi Filia*, 43, 5. OC I, pág. 627
- 50 *Catecismo de la Iglesia Católica* n.º 151.
- 51 Juan de Ávila: *Audi filia*, 31,2. OC I, pág. 606
- 52 Juan de Ávila: *Audi filia*, 35,3. OC I, pág. 614

- ⁵³ Conferencia Episcopal Italiana. *Carta a los buscadores de Dios*, 42
- ⁵⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica* n.º 155.
- ⁵⁵ Juan de Ávila: *Audi filia*, 43,3. OC I, pág. 626
- ⁵⁶ H.H. Newman: *Discursos sobre la fe*. "Discurso Fe y duda", pág. 229.
- ⁵⁷ Conferencia Episcopal Italiana. *Carta a los buscadores de Dios*, 41.
- ⁵⁸ Juan de Ávila: *Audi filia*, 38,1 OC I, pág. 618
- ⁵⁹ Juan de Ávila, *Audi filia*, 43, 6. OC I, Pg. 627
- ⁶⁰ Joseph Ratzinger: *Introducción al cristianismo*, pág. 71
- ⁶¹ Benedicto XVI: Audiencia General. 23 de mayo de 2012.
- ⁶² H. de Lubac: *La fe cristiana*, pág. 331.
- ⁶³ *Catecismo de la Iglesia católica* n.º 166.
- ⁶⁴ Plan diocesano de Pastoral 2011–2015, pág. 22.
- ⁶⁵ Cf. H. de Lubac: *La fe cristiana*, págs. 197–198.
- ⁶⁶ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 10.
- ⁶⁷ Juan de Ávila: *Audi filia*, 43,2. OC I, pág. 626
- ⁶⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica* n.º 1327.
- ⁶⁹ San Agustín: Sermón 216,7.
- ⁷⁰ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 10.
- ⁷¹ Benedicto XVI: Encuentro con el Clero de Roma. 23 de febrero de 2012.
- ⁷² Juan de Ávila: *Audi filia*, 44,1 OC I, pág. 629
- ⁷³ H. de Lubac: *La fe cristiana*, pág. 147.
- ⁷⁴ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 6.
- ⁷⁵ J. Ratzinger: *Introducción al cristianismo*, pág. 49.
- ⁷⁶ Juan de Ávila: *Audi filia*, 48,2 OC I, pág. 639
- ⁷⁷ Vaticano II: *Gaudium et spes*, 41.
- ⁷⁸ Juan de Ávila: carta 12, 427. OC IV, pág. 98
- ⁷⁹ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 1.
- ⁸⁰ Conferencia Episcopal Italiana. *Carta a los buscadores de Dios*, 42.
- ⁸¹ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 7.
- ⁸² Juan de Ávila: *Audi filia* 34,3. OC I, pág. 614
- ⁸³ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 2.
- ⁸⁴ D.Bonhoeffer: *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, pág. 215. (Citado por Franco Arduso, *Aprender a Creer*, 9)

- ⁸⁵ Benedicto XVI: *Porta fidei*, 14
- ⁸⁶ Juan de Ávila: Sermón 5, Epifanía 2.º, OC III, pág. 94
- ⁸⁷ H. U. Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, pág.12.
- ⁸⁸ Benedicto XVI: Encuentro con el clero de Roma. 23 de febrero de 2012.
- ⁸⁹ Juan de Ávila: *Audi Filia*, 44,4. OC I, pág. 630
- ⁹⁰ Juan de Ávila, *Lecciones sobre la epístola a los Gálatas*, 52 OC II, págs. 95-96
- ⁹¹ Ignacio de Antioquia: XIV,1.
- ⁹² Juan de Ávila: *Lecciones sobre la epístola a los Gálatas*, 18. OC II, págs. 42-43
- ⁹³ *Ibídem*.
- ⁹⁴ Benedicto XVI: Audiencia General. 26 de mayo de 2012.
- ⁹⁵ Juan de Ávila: *Reglas del Espíritu* OC II, pág. 841.
- ⁹⁶ Benedicto XVI: *Sacramentum caritatis*, 89.
- ⁹⁷ *Ibídem*.
- ⁹⁸ San Juan de Ávila: OC II, pág. 629
- ⁹⁹ *Ibídem*, pág. 638
- ¹⁰⁰ *Ibídem*, pág. 640
- ¹⁰¹ *Ibídem*.
- ¹⁰² Juan Pablo II: *Solicitud rei socialis*, 26.
- ¹⁰³ Benedicto XVI: Mensaje de la paz 2011 n.º 7
- ¹⁰⁴ Benedicto XVI: *Sacramentum caritatis*, 89.
- ¹⁰⁵ Juan Pablo II: *Centessimus annus*, 49.
- ¹⁰⁶ Juan de Ávila: Sermón 41, OC III, pág. 555
- ¹⁰⁷ Juan de Ávila: Plática 16, OC I, pág. 895.
- ¹⁰⁸ Juan de Ávila: *Tratado del amor de Dios*, 6. OC I, pág. 959
- ¹⁰⁹ Juan de Ávila: Sermón 60, 33. OC III, pág. 815



Diócesis de Ciudad Real



AÑO DE LA FE²⁰¹²₂₀₁₃